

—¿Yo?—dijo el soldado.—¡Eh, no es cosa! Recibí en Marengo dos sablazos en la nuca; en Austerlitz una bala en el brazo derecho; en Jena otra en la cadera izquierda; en Friedlan un bayonetazo... aquí; en la moscowa siete ú ocho lanzazos, no importa dónde; en Lutzen un tiro de obús, que me rompió un dedo... ¡Ah! Y luego en Waterloo un balazo de cañón en el muslo. Nada más.

—¡Qué hermoso es eso,—exclamó el barbero con acento pindárico,—eso de morir en el campo de batalla! Yo, palabra de honor, antes que morir en mi cama de enfermedad, lentamente y poco á poco entre drogas, cataplasmas, geringas y medicinas, preferiría recibir en el pecho una bala de cañón.

—¡No tenéis mal gusto!—prorrumpió el soldado.

Apenas acababa de decirlo, cuando resonó en la tienda un horrible estrépito: había sido roto violentamente en forma de estrella un vidrio del escaparate.

El peluquero se puso descolorido.

—¡Ay, Dios mío!—exclamó.—¡Ahí está una!

—¿Una que?

—Una bala de cañón.

—Hela aquí,—dijo el soldado.

Y recogió una cosa que rodaba por el suelo; era un guijarro.

El peluquero corrió hacia el cristal roto, y vio á Gavroche que huía á escape hacia el mercado de San Juan.

Al pasar por delante de la peluquería, Gavroche, que recordaba á los dos chicos, no pudo resistir el deseo de darle los buenos días, y le tiró una piedra á los cristales.

—¡Pero no véis...!—exclamó iracundo el peluquero, que de pálido había pasado á azul.—Este hace el mal, sólo por hacer mal. ¿Quién le ha hecho nada á este pilluelo?

IV

El niño se admira del anciano.

Entre tanto, Gavroche, en el mercado de San Juan, cuyo cuerpo de guardia había sido desarmado ya, acababa de ser incorporado á un grupo guiado por Enjolrás, Courfeyrac, Combeferre y Feuilly.

Casi todos iban armados. Bahorel y Juan Prouvaire los habían encontrado, y engrosaban el grupo.

Enjolrás llevaba una escopeta de caza de dos cañones; Combeferre un fusil de guardia nacional con el número de la legión, y en la cintura dos pistolas, que se le veían bajo su levita desabrochada; Juan Prouvaire un antiguo mosquete de caballería, y Bahorel una carabina.

Courfeyrac blandía un estoque desenvainado.

Feully, con un sable desnudo en la mano, marchaba delante gritando: “¡Viva Polonia!”

Venían del muelle Morland, sin corbatas, sin sombreros, agitados, mojados por la lluvia y el relámpago en la mirada.

Gavroche se acercó á ellos tranquilamente.

—¿Adónde vamos?—preguntó.

—Ven,—le dijo Courfeyrac.

Detrás de Feuilly iba, ó por mejor decir, saltaba, Bahorel, como un pez en el agua del motín.

Llevaba su chaleco carmesí, y soltaba palabras de esas que todo lo rompen.

Su chaleco espantó á un transeunte, que gritó asustado:

—¡Hé aquí á los rojos!

—¡El rojo, los rojos!—replicó Bahorel.—¡Pícaro miedo, ciudadano! Yo por mí no tiemblo ante una amapola; el gorro encarnado no me inspira temor alguno; creedme, ciudadano burgués, dejemos el miedo á lo rojo para los animales cornudos.

Descubrió una esquina en que había un papel de lo más pacífico del mundo, un permiso para comer huevos, un precepto cuaresmal dirigido por el arzobispo de París á sus “ovejas.”

Bahorel, exclamó:

—¡Ovejas! Buen modo de llamarles gansos.

Y arrancó el cartel de la esquina.

Con este acto se conquistó á Gavroche; quien desde aquel instante se puso á estudiar á Bahorel.

—Bahorel,—dijo Enjolrás,—haces mal. No deberías haber roto ese cartel, porque nada tenemos que hacer de él, y gastas inútilmente tu cólera; guarda tu repuesto, porque no debe hacerse nunca fuego fuera de línea, ni contra el alma, ni con el fusil.

—Cada cual sigue sus inclinaciones,—respondió Bahorel;—me choca esa prosa de obispo, y quiero comer huevos sin que me lo permitan. Tú tienes tu genio frío que arde; yo me divierto. Y por otra parte, yo no me gasto, antes bien cobro bríos; si he arrancado este cartel, ¡Herele! ha sido para “abrir boca.”

La palabra “Herele” chocó á Gavroche, quien buscaba todas las ocasiones de instruirse, y había simpatizado ya con aquel destripa carteles; por lo cual le preguntó:

—¿Qué quiere decir “Herele”?

Bahorel respondió:

—Quiero decir: sacro nombre de perro, en latín.

Estando en esto reconoció Bahorel en una ventana á un joven pálido con barba negra que los estaba mirando pasar, probablemente un amigo del A B C, y le gritó:

—¡Pronto, cartuchos! “Para bellum.”

—¡Bello hombre! Es verdad,—dijo Gavroche, que ya empezaba á comprender el latín.

Acompañábales un cortejo tumultuoso compuesto de estudiantes, artistas, jóvenes afiliados á la Cogurda de Aix, obreros y hombres de porte, armados de palos y de bayonetas, algunos, como Combeferre, con pistolas sujetas en la pretina de los pantalones.

Un viejo que parecía de mucha edad, iba también en el grupo. No llevaba armas, dábase mucha prisa para no quedarse atrás, é iba al parecer pensativo.

Gavroche se fijó en él:

—¿Qué es eso? (¿qué es eso?)—preguntó á Courfeyrac.

—Un viejo.

Era el señor Mabeuf.

V

El anciano.

Digamos lo que había pasado.

Enjolrás y sus amigos estaban en el boulevard Bourdón, cerca del Pósito, en el momento en que los dragones dieron la carga.

Enjolrás, Courfeyrac y Combeferre eran del grupo que había seguido por la calle Bassompierre gritando: "¡A las barricadas!"

En la calle Ledisguieres habían encontrado á un anciano, que iba por allí, el cual les llamó la atención porque andaba haciendo eses como si estuviera bebido. Llevaba además el sombrero en la mano, á pesar de que había estado lloviendo toda la mañana, y aún seguía lloviendo bastante fuerte.

Courfeyrac reconoció en él al señor Mabeuf, á quien conocía por haber acompañado muchas veces á Mario á su casa.

Sabiendo las costumbres pacíficas y más que tímidas del antiguo "obrero" bibliófilo, y extrañando verle en medio de aquel tumulto, á dos pasos de las cargas de caballería, casi en medio del fuego, con la cabeza descubierta, lloviendo, y andando entre las balas, se le había dirigido, y el buyanguero de veinticinco años tuvo con el octogenario este diálogo:

—Señor Mabeuf, volveos á casa.

—¿Por qué?

—Porque va á haber jaleo.

—Bueno.

—Sablazos y tiros, señor Mabeuf.

—Bueno.

—Y cañonazos.

—Bueno. ¿Y adónde vais vosotros?

—A derribar al gobierno.

—Está bien.

Y continuó andando con ellos sin volver á pronunciar otra palabra.

Su paso se había vuelto firme casi de repente; algunos obreros le habían ofrecido el brazo, y él había rehusado con un movimiento de cabeza. Iba casi en la primera fila de la columna, teniendo á la vez los movimientos de un hombre que anda y las apariencias del que duerme.

—¡Vaya un hombre templado!—murmuraban algunos estudiantes.

Corría entre el grupo el rumor de que era un antiguo convencional, un viejo regicida.

El grupo había tomado por la calle de Verrerie.

Gavrochillo iba delante cantando su marcha á grito herido, de suerte que venía á ser como el corneta.

Decía así:

Mira ya salió la luna,
¿Cuándo nos vamos al bosque?
Dice Carlos á Carlota.

Tú tú tú,

Por Chatú.

Sin más que un Dios, un rey, un cuarto y una bota.

Por beber, van de mañana,

Como tomillo y rocío,

Dos mirlos de chirigota

Sí sí sí,

Por Passy.

Sin más que un Dios, un rey, un cuarto y una bota.

Y á aquellos dos lobezuelos,

Embriagados como mirlos,

Decía un tigre chacota:

Don don don,

á Meudon.

Con solo un Dios, un rey, un cuarto y una bota.

Jura el uno y clama el otro,

¿Cuándo nos vamos al bosque?

Carlos pregunta á Carlota.

Tin tin tin,

Por Partin.

Con solo un Dios, un rey, un cuarto y una bota.

Dirigianse á San Merry.

VI

Reolutas.

El grupo crecía á cada instante.

Hacia la calle de Billettes, un hombre de elevada estatura, entrecano, y en cuyo rostro rudo y atrevido se fijaron Courfeyrac, Enjolrás y Combeferre, pero á quien nadie conocía, se les unió.

Gavroche, distraído con su canción, sus silbidos y sus gritos, en abrir la marcha y golpear en las tiendas con la culata de su pistola sin gatillo, no se fijó en el hombre.

Al pasar por la calle de la Verrerie, y al llegar á la puerta de la casa de Courfeyrac, dijo éste:

—Me alegro, porque me he olvidado la bolsa, y he perdido el sombrero.

Y separándose del grupo, subió los escalones de cuatro en cuatro, cogiendo un sombrero viejo y la bolsa. Tomó igualmente un cofre cuadrado del tamaño de una maleta grande, que estaba oculto entre la ropa sucia.

Al bajar la escalera le gritó la portera:

—¡Señor de Courfeyrac!

—Portera, ¿cómo os llamas?—contestó Courfeyrac.